

Maquiavelismo y no intervención

Sábado, 14 de agosto de 1937

Hay sin duda, y por todas partes, gente práctica y utilitaria, que aconseja al oído el proclamar muy alto la no intervención, pero sí practicar una intervención discreta y disfrazada, que de ser sabia, seguramente se proclamaría maquiavélica. Conviene, a ese respecto, releer a Maquiavelo, porque nos sorprenderemos al encontrar en él una condena incontestable del sistema, y también una vez más la prueba de que ese sistema se acomoda siempre mejor al poder personal y absoluto, que a los regímenes democráticos.

Es una constatación fuera de duda en el país donde el espíritu de Maquiavelo se formó, pero que guarda su valor fuera de ese territorio.

Es verdad que el autor apartó la objeción moral del principio, la de la sinceridad contra un sistema falso, dado que, según él, no estamos obligados a mantener las palabras, incluso solemne y libremente consentidas. Pero al lado de las malas opiniones, que son las menos numerosas, hay que retener las sabias advertencias.

Ese método de intervención contrario a las disposiciones adoptadas oficialmente, exige «dar un mal ejemplo de no observar la ley, sobre todo cuando se es el autor... y sólo puede ofrecer los más grandes peligros a aquél que gobierne». Entre esos peligros, está la debilidad de la autoridad, una indisciplina tolerada e incluso animada por el poder mismo, y Maquiavelo no ama la indisciplina, hasta tal punto, que se declarará, un poco más adelante, hostil al hecho de que existan fuerzas propias, auxiliares o aliadas, ejércitos indisciplinados, que hubieran elegido su jefe de una manera tumultuosa. Eso no es más que la expresión, en lo que concierne a la fuerza militar, del pensamiento que conduce a Maquiavelo a decir que una multitud sin autoridad dirigente no es de ninguna utilidad.

El sistema ofrece otro grave inconveniente para las democracias. Sólo puede durar impidiendo que se formulen acusaciones. Sin embargo, declara Maquiavelo, «las acusaciones son necesarias en una república para mantener la libertad». Es una preocupación que el poder absoluto ignora fácilmente.

Pero pronto Maquiavelo nos pondrá en guardia contra otro peligro de la intervención disfrazada por las democracias: porque nos va mostrar, siguiendo una estrecha relación de ideas, que «al igual que las acusaciones son útiles en una república, del mismo modo las calumnias son peligrosas». ¡Pues bien! Es inevitable que los ruidos, sordos al principio, se agranden rápidamente. Entonces la calumnia se extiende, se difunde por todas las redes de la jerarquía administrativa, ataca hasta la cima. Es entonces cuando producimos, como creencia extendida y como realidad nociva, esos Estados de corrupción, que, siendo peligrosos para todo régimen, lo son más aún, según la idea dominante del autor, para aquéllos que están fundados sobre la libertad.

No hay que olvidar la fecha en la que esos consejos fueron formulados y sobre todo aquélla en los que los ejemplos se fundamentan, porque se trata de acontecimientos de la Historia de Roma y de la época del Renacimiento: es decir, cuando las comunicaciones entre los pueblos o entre los ciudadanos, al igual que los medios de información o de expresión de las ideas, estaban muy alejados de los progresos de hoy; y sin embargo se trataba de verdades experimentales, de diferencias importantes entre las democracias y los poderes absolutos. Vemos claramente que éstos pueden aportar, o padecer más desahogadamente que aquéllas, el daño siempre considerable del sistema falaz, porque las dictaduras aplastan las acusaciones, asfixian las calumnias y desprecian las libertades. Es sobre todo esa última diferencia la que explica cómo las ficciones con las que la realidad contradice y elimina las palabras solemnes, pueden desarrollarse más fácilmente en los Estados dictatoriales. Pero hay otras ventajas incontestables que aseguran la supremacía de las democracias.

Tanto es así que éstas no podrían seguir los métodos queridos por los poderes absolutos, sin el doble riesgo de contradecirse y de no lograrlo.

Todo lo que hemos expuesto, según Maquiavelo, enfoca la cuestión en sus relaciones con la esencia del régimen. Convendrá plantearlo también como un problema de prestigio exterior.

Maquiavelismo y no intervención (2)

Sábado, 28 de agosto de 1937

La adaptación, incontestablemente más fácil en los regímenes dictatoriales, para una intervención disfrazada o indirecta, se mostrará también ante nosotros en el campo de la política exterior; pero no dejaremos de encontrar en él los inconvenientes esenciales del sistema engañoso, y todo eso siguiendo siempre las opiniones más sabias de Maquiavelo.

Si hay una idea fija en medio de la ligereza cambiante, práctica y utilitaria de autor italiano, es la condena arrogante de los resultados poco claros o contradictorios, donde sólo ve la debilidad, la incapacidad y el defecto más grave de los gobiernos. Así es cómo en varias ocasiones nos dirá con una especie de tesón que «las repúblicas débiles son irresolutas y no saben tomar un partido» y en resumidas cuentas, generalizando la observación y la censura, afirmará que «los gobiernos débiles sólo toman resoluciones ambiguas». Un poco más adelante, inspirándose siempre en la admiración de la grandeza de Roma y buscando explicarse las causas, observará «cuánto Roma, cuando un acontecimiento cualquiera la apremiaba a resolver, evitaba con cuidado todas las medidas a medias».

Si meditamos sobre el sentido profundo de las observaciones que acabamos de recordar, encontraremos en ellas claramente expresado una vez más cuánto la intervención, incluso disfrazada —y quizás ésta con más razón, que la intervención franca—, se acomoda fácilmente a la naturaleza de los regímenes dictatoriales. Simplemente, liberados de las trabas de la constitución, actuando a su antojo aún conservando la apariencia de la no intervención, pueden intervenir hasta el final y apartar las debilidades de las moratorias mientras que las democracias están forzadas por la esencia de su régimen, por el respeto a las reglas constitucionales y a las libertades de los ciudadanos, a quedarse en la impotencia relativa, pero peligrosa, de las medidas a medias que bastan para colocarlas en una situación difícil y no obstante inoperante,

Una vez más, la verdad de la teoría que aleja las democracias de las ficciones y de los peligros de la intervención está constatada. Si se aventurara en la

misma vía que los poderes absolutos, éstos serían más débiles, pero en cambio los peligros aumentarían.

El autor que escribió, no sólo para el príncipe, sino también para las repúblicas, nos pondrá siempre en guardia contra las medidas a medias, en las cuales una democracia está forzada a detenerse, porque no puede seguir la vía de la mentira, abierta a los regímenes de dictadura.

Sigue siendo Maquiavelo el que nos dice que la ineficacia y el daño son las únicas consecuencias de una intervención camuflada y clasificada; es decir, que sus consecuencias servirían para prolongar la discordia, volviendo a encender la lucha; en muchas ocasiones, el autor nos advertirá de que «querer aprovecharse de la desunión» que existe fuera, en los extremos de la política exterior «es un partido a menudo perjudicial».

Su doctrina está apoyada en unos ejemplos y reforzada por unos argumentos, y debe estar bastante apegada al espíritu del autor, porque volverá a la carga y, más adelante, nos dirá, llegando a ser casi dogmático —lo que, desde luego, no está en su estilo—, lo falsa que es la opinión de que, para mantenerse, es necesario alimentar la desunión. Eso se dijo, considerando siempre la política exterior. Pero es la desunión, y solamente ella, la causa de las intervenciones disfrazadas.

Podríamos seguir mucho tiempo con citas maquiavélicas que llegan a condenar al sistema. Pero habrá que terminar con otra de otro alcance considerable; la que aconseja a los gobiernos «evitar ser despreciados y odiados».

Una vez más, la diferencia entre los regímenes se muestra ante nosotros en ese problema de la intervención. Un Estado autoritario podría, llevando hasta el final la intervención disfrazada, imponerse, evitando ser despreciado. Podría esperar atraer sobre la encarnación personal del régimen, y no sobre la nación, los odios presentes y futuros del pueblo que interviene, aunque los casos de Felipe II, de Catalina o de Napoleón sean desalentadores para tal esperanza. Pero una democracia sería débil en su actitud, y no poseería defensas personales y transitorias para hacer recaer en ellas las responsabilidades y los rencores. Hubiera emprendido una aventura en la que, sin asegurar el reconocimiento de un gobierno cliente, recogería la amargura de un país que sería elevado, en el conjunto de su conciencia nacional, al reconocimiento hacia la corrección de los neutrales, y quizás a la benevolencia o generosidad para acordar circunstancias atenuantes a aquéllos que hubiesen acertado los horrores de la guerra, pero no hacia todo lo que la hubiera prolongado.